

“MI ORGULLO ES HABER PODIDO
EMPRENDER UN PROYECTO INDUSTRIAL
SUSTENTABLE EN UN PAIS DONDE
NO ES FÁCIL HACER INDUSTRIA”

Miguel Angel Conde

Los orígenes

A comienzos del siglo XX, mi abuelo Domingo, llegó a la Argentina desde la región italiana de Calabria. Se instaló en Rosario, donde empezó a practicar su oficio de carpintero especialista en mueblería fina. Aquí conoció y se casó con Antonia, una siciliana, con quien tuvo cuatro hijos. Uno de ellos, Pascual, fue mi padre.

En el '46, los cuatro hermanos, todos ellos técnicos mecánicos de la Escuela Industrial de la Nación, pusieron un taller en el centro de Rosario, al que



Uno de los tornos fabricados por Conde Hnos., en la década del '50.

llamaron Conde Hnos. Como aún no estaban desarrolladas las redes eléctricas, movían la maquinaria con un motor diesel, con transmisión por poleas y correas. Empezaron fabricando máquinas para el procesamiento de maderas, que vendían a la industria maderera y a pequeños talleres de carpintería.

Unos años después, en pleno proceso de sustitución de importaciones, comenzaron a fabricar tornos marca Conde. Así empezaron a crecer. En su fábrica de la calle Sarmiento y Tres de Febrero, llegaron a trabajar 35 personas, con una producción mensual de quince tornos.

Tras trabajar juntos por casi dos décadas, en el '65, los cuatro hermanos decidieron separarse. Ese año, mi padre fundó TAMECO (Taller Metalúrgico Conde). Empezó con un solo ayudante. A finales de la década, se vinculó con Oscar Defante, una importante firma rosarina especializada en la comercialización de máquinas metalúrgicas. Así que mi padre empezó a fabricar plegadoras y cizallas para Defante y Cía.

Oscar Defante supo apreciar la calidad de los equipos, y propuso a mi padre integrarse para agrandar la firma TAMECO.

La segunda generación

Nací el once de septiembre de 1953, hijo de Pascual y de Rosa Elena. Fui el segundo de cuatro hermanos: José Luis, María Rosa, y Héctor Hugo. Como buen hijo de metalúrgico, empecé a visitar el taller desde muy chico. Cuando llegaba, los obreros me convidaban con bizcochos de su propia vianda.

Estudí la primaria en el colegio Lasalle de Rosario, y la secundaria en la Escuela Técnica ENET N° 6, donde me recibí de Técnico Mecánico. A los doce años, ya iba regularmente al taller. No veía la hora de salir de la escuela para ir a la fábrica. Tanto me apasionaba, que hasta iba en los feriados escolares.

Tras mi graduación en la escuela técnica, trabajé durante un tiempo en TAMECO. Pero yo tenía otras ideas. Quería escribir mi propia historia industrial.

El proyecto propio

En el '76, a los veintitrés años, fundé mi propia empresa. En aquel entonces, mi padre ya estaba haciendo máquinas muy importantes, y necesitaba a alguien que realizara tareas de apoyo para TAMECO, y se ocupara de los equipos más

pequeños. Con Defante, me prestaron un galpón de unos 200 metros y algunas máquinas.

Con eso arranqué. Como empleado de TAMECO, yo atendía las alesadoras, lo que me había permitido contactarme con muchos talleres para los que realizábamos tareas de mecanizado. Eso me favoreció a la hora de buscar mis primeros clientes. De a poco, me fui vinculando con fábricas importantes, y desarrollando mi cartera. A comienzos de los '80, mi principal cliente era la empresa de amortiguadores Fric-Rot.

El momento justo en el lugar indicado

En el '82, me asocié con Carlos Araujo, dueño de una fundición, quien necesitaba un socio industrial. Así comenzó una nueva etapa industrial, SAN DIEGO S.A. Eso implicó, para mí, una transición desde la especialidad del mecanizado hacia la fundición. Al poco tiempo de empezar, Araujo me dijo: “Te conseguí una entrevista con el jefe de compras de Cometarsa, el taller metalúrgico del Grupo Techint”.

Cuando viajé a ofrecer nuestros servicios, resultó que aquella persona ya no trabajaba más ahí. Me mandaron a hablar con otro, que me preguntó qué vendía. Cuando le dije era fundidor, me pidió unas nuestras. Yo hacía, precisamente, el trabajo que ellos estaban buscando. Estuve en el lugar justo, en el momento indicado. Tener de cliente a Techint me abrió las puertas de muchas otras fábricas notables.

Empezamos a fabricar piezas cada vez más complejas, y nos fuimos especializando en la industria siderúrgica. Así, SAN DIEGO alcanzó un crecimiento sostenido, incluso durante las peores épocas de la Argentina. Nuestro taller de 2.500 metros en Villa Gobernador Gálvez pronto nos quedó chico. En el '87, nos mudamos a un predio en el Parque Industrial Alvear, en la zona sur del Gran Rosario.

SAN DIEGO S.A., hoy

Actualmente, tenemos un plantel de unos 110 empleados, en una fábrica de 6.000 metros cubiertos, dentro de un predio de seis hectáreas.

En nuestra fundición, producimos una línea completa de equipos y repuestos para la industria siderúrgica, válvulas para petróleo, equipos para metalmecánica,

repuestos para maquinaria agrícola y vial, y componentes para la industria aceitera y ferroviaria. Exportamos a México, Brasil, Uruguay, Venezuela y Colombia.

Disponemos de máquinas de última generación, y nuestros procesos cumplen con los requisitos para la fabricación y mecanizado de piezas de alta precisión para normas ASTM, DIN e IRAM. Obtuvimos, además, la certificación ISO 9001:2000.

Gremialismo empresario

A lo largo de toda mi carrera, he participado en actividades gremiales empresarias, poniendo el hombro por la defensa de mis colegas metalúrgicos. Actualmente, me desempeño como Vicepresidente de la Asociación de Industriales Metalúrgicos de Rosario, desde donde participo en ADIMRA.

Los empresarios tenemos que unirnos en un frente común, para evitar que se repita la experiencia de los '90. Esa década infame destruyó el tejido industrial argentino. La mejor evidencia es que perdimos nuestra capacidad de fabricación propia de muchos productos, como los tractores. Antes, la Argentina podía fabricar íntegramente un tractor, desde el motor hasta las cubiertas. Hoy, ya no tenemos esa capacidad.

En mi caso, dado que mi industria es una fundición, mi intervención en actividades gremiales es más intensa en acciones relacionadas con el cuidado ambiental. Estoy impulsando el armado de una agencia para estudiar estos temas, e implementar métodos de producción ecológicos.

El legado

Con Silvia, mi señora, tenemos tres hijos. Malena, la mayor, es Licenciada en Ciencias Políticas. Guido, el del medio, trabaja en la parte de planificación de la empresa. La menor, Alida, es diseñadora de indumentaria.

Mi esposa colabora en el Área Financiera. Yo, que ocupé el puesto de Director General, llego a la fábrica a las ocho de la mañana y me voy a las siete. Afuera de la fábrica, mi pasatiempo favorito es el rugby, deporte que empecé a practicar en mis épocas de estudiante en el Colegio Lasalle. Soy un deportista nato. Pero mi verdadera pasión es la industria. Cuando no vengo a la planta, me aburro.

Cuando miro mi trayectoria, me produce un gran orgullo haber podido emprender un proyecto industrial sustentable en un país donde no es fácil hacer industria. Fuimos creciendo de a poco y con cuidado, meditando cada decisión,

para no dar pasos más allá de nuestro tranco. Gracias a este estilo de gestión, SAN DIEGO tiene muy buenas perspectivas para el futuro. Es una empresa armada, sana, bien posicionada, y con máquinas de última generación.

Yo soy una persona callada, que escucha y observa más de lo que habla. Pero cuando tengo que decir algo, lo digo. Siempre voy para adelante. Cuando me tocó participar en negociaciones de paritarias, no me acobardé en decir a los sindicalistas todo lo que tenía que decirles. Sé que, a veces, esta personalidad frontal no cae bien. Pero yo soy así. Hago lo que siento, pese a quien le pese. Es mi forma de encarar la empresa y la vida.